

Rollitos de primavera

PALOMA BORDONS





Rollitos de primavera

Paloma Bordons

Rollitos de primavera

Ilustraciones a cargo de la autora



edebé

© Texto e ilustraciones, Paloma Bordons, 2014

© Ed. cast.: edebé, 2014
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebé.net

Directora de la colección: Reina Duarte
Editora de literatura infantil: Elena Valencia
Diseño gráfico de las cubiertas: César Farrés

1.^a edición, febrero 2014

ISBN 978-84-683-1205-7
Depósito Legal: B. 26052-2013
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para Álvaro,
gran sobrino y gran artista,
que un día me habló de su chinita
y me inspiró esta historia.*

Índice

Capítulo uno	9
Capítulo dos	17
Capítulo tres	25
Capítulo cuatro	33
Capítulo cinco	39
Capítulo seis	45
Capítulo siete	59
Capítulo ocho	73
Capítulo nueve	89
Capítulo diez	99
Capítulo once	103
Capítulo doce	111

Capítulo trece	123
Capítulo catorce	131
Capítulo quince	141
Capítulo dieciséis	155

Capítulo uno

Yo vivo en la calle de la Magnolia número 7, piso tercero B. Nos mudamos hace solo dos meses y mi casa es muy nueva. Está rodeada por un muro y tiene un jardín privado y unos columpios privados, solo para los que vivimos en el número 7 de la calle de la Magnolia.

La niña no vive en nuestra casa. Su padre ha puesto hace poco una tienda en la esquina que se llama el Chollo Chino. En la tienda esa hay de todo y nunca cierra.

La niña se pasa horas sentada en el



escalón de la puerta del Chollo Chino. Desde allí vigila el portón de nuestra casa. Y, en cuanto alguien entra o sale, se cuela en el jardín.

La primera vez no nos importó, la verdad. Hasta jugó con nosotros al pillapilla. No había quien la atrapara. Pero al rato llegó Mazo padre y preguntó:

—¿De dónde ha salido esa niña?

—De la tienda de la esquina —le dijimos.

—Pues no puede estar aquí. ¡Eh, tú, niña! —la llamó.

Ella se tiró por el tobogán sin mirarlo.

—¡Tú! Esto... ¡Chinita! —volvió a gritar Mazo padre—. Esta es una propiedad privada. ¿Es que no sabes leer?

Señaló el cartel que hay en la hierba, que dice:



*Propiedad privada.
Instalaciones para uso
exclusivo de los residentes.*

Eso significa que solo nosotros podemos estar en el jardín y montar en los columpios. Ahora que nos lo sabemos, cuando se cuele la niña, gritamos:

—¡Ey, chinita! Que esta es una propiedad privada.

—¡Instalaciones para uso EXclusivo de los residentes! —dice Mazo hijo, y hace que la «x» suene como el chasquido de un látigo.

Ella no hace caso. Yo creo que no entiende el español. Se sube a todos los columpios, uno tras otro, muy deprisa. Trepa por la cuesta del tobogán y se choca con los que están bajando.



Se sube de un salto a la barra amarilla, que está superalta, y da un montón de volteretas seguidas, que te mareas solo de mirarla.

—¡Se le ven las bragas! —dice Susa, la hermana pequeña de Mazo.

Ya no jugamos con la chinita, claro. Si se acerca demasiado, le echamos arena a los ojos. O la perseguimos para que se vaya, que es un poco como el pillapilla pero en serio. Yo creo que a ella le divierte lo mismo. Se ríe de nosotros porque no la atrapamos.

Esta noche, cuando estoy a punto de acostarme, oigo afuera un ruido que me hace rechinar los dientes. Me asomo a la ventana.

En el jardín hay una sombra que se mece en el aire, adelante y atrás. Está oscuro





y no puedo verla bien, pero juraría que es la chinita, balanceándose en el columpio que chirría.

Al otro lado de la calle, las luces del Chollo Chino siguen encendidas.

Se ha vuelto a colar. Hoy se cuelga cabeza abajo de la barra amarilla agarrándose por los pies, como si fuera un murciélago.

Nosotros nunca hemos hecho eso. Ni siquiera Mazo hijo. Yo creo que le da un poco de rabia y por eso suena tan enfadado cuando grita:

—¡Vete, china! ¡Esto es una propiedad privada de uso EXclusivo!

Ella sigue colgada como si nada, enseñándonos las bragas.

Mazo arranca una rama de un arbusto,



se acerca por detrás sin hacer ruido y le pincha una pierna. La chinita se suelta de la barra y aterriza en el suelo como un saco de patatas.

Se queda ahí tirada, quieta como una muñeca. Menudo susto. Susa se va corriendo y lloriqueando.

—¡Se ha roto la chinitaaaa!

Pero no está rota. Cuando nos acercamos a mirar, se lanza sobre Mazo por sorpresa y lo tira al suelo, y eso que abulta mucho menos que él.

Menos mal que enseguida viene Susa de la mano de su padre, que los separa agarrándolos a los dos por el cuello.

—¿Otra vez aquí? —regaña a la chinita.

—Y tú, hijo, ¿qué es eso de pegarte con una niña? —regaña a Mazo.

—¡Ha empezado ella!



Eso según se mire. Él ha sido quien le ha pinchado para que se caiga.

Pero la chinita no dice nada para defenderse. Lo que yo decía, que no habla español. Le voy a contar a Mazo padre lo que ha pasado, pero luego me callo. Me callo porque Mazo es mi amigo. En cambio, la chinita es... la chinita. Y además, no tiene derecho a estar aquí. Como dice ahora Mazo, chillando:

—¡Esto es una propiedad privada de uso EXclusivo!

—¡Eso! De uso EXclusivo —corean los demás.

Y yo lo digo también, intentando que mi «x» suene como el chasquido de un látigo.

Mazo padre agarra a la chinita por la capucha del abrigo y la lleva hasta el portón que da a la calle.